

Las migraciones horizontales subsaharianas en la era de las crisis migratorias: luces y sombras

The horizontal sub-Saharan migrations in the age of the migratory crises: lights and shadows

MBUYI KABUNDA BADI

Mbuyi Kabunda Badi, nacido en la República Democrática del Congo, es doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid. Es también profesor de política africana en la Universidad de Basilea, miembro y profesor del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo, y de los másteres de cooperación al desarrollo de las universidades de Málaga, Granada, País Vasco, Valencia, Castellón y Alicante. Dirige la Revista África América Latina Cuadernos de SODEPAZ y el Observatorio de Estudios sobre la Realidad Social Africana de la UAM. Entre sus líneas de investigación destacan los problemas de desarrollo, conflictos, etnicidad, integración regional, y la cooperación al desarrollo y la cooperación Sur-Sur.

Resumen ▪

Los países subsaharianos se caracterizan, desde comienzos del siglo XX, por importantes flujos migratorios, tanto externos como internos, organizados o clandestinos, al margen de la crisis migratoria o de los refugiados actuales. El presente artículo analiza estas migraciones internas o Sur-Sur, sus características y dinámicas, y además pone de manifiesto las medidas de expulsión y la xenofobia de las que son víctimas los inmigrantes subsaharianos en los países de acogida tanto en el África del norte como en el África Austral. El futuro de estas migraciones interafricanas dependerá de factores políticos y económicos: la superación de las coacciones del Estado jacobino, la consolidación de las agrupaciones regionales africanas, el codesarrollo o la cooperación al desarrollo.

Palabras Clave ▪

MIGRACIONES INTERNAS / DESIGUALDAD / TENSIONES ETNO-CONFESIONALES / YIHADISMO.

Abstract ▪

The sub-Saharan countries are characterized, from beginning of the 20th century, by important migratory flows, so much external as boarders, organized or clandestine, to the margin of the migratory crisis or of the current refugees. The study analyzes these internal migrations or South - South, his characteristics and dynamics, beside revealing the measures of expulsion and the xenophobia of those who are victims the sub-Saharan immigrants in the countries of reception both in the North Africa and in the Southern Africa. The future of these interafrican migrations will depend on political and economic factors: the overcoming of the constraints of the Jacobin State, the consolidation of the regional African organizations, the codevelopment or the cooperation to the development.

Keywords ▪

INTERNAL MIGRATIONS / INEQUALITIES / ETHNICS AND CONFSSIONALS CONFLICTS / DJIHADISM.

Introducción

La crisis migratoria o de los refugiados nacida en los últimos meses, a partir de la desestabilización de Libia (por los ataques de la OTAN) y de la guerra en Siria (a mano del Daesh o del “Estado Islámico”), ha vuelto a poner sobre el tapete el fenómeno de las migraciones Sur-Norte. Las mismas, con su cohorte de tragedias humanitarias en el Mediterráneo y en los países ribereños, han llegado al punto de eclipsar completamente las migraciones Sur-Sur.

Generalmente, los análisis sobre los flujos migratorios suelen insistir más en las migraciones Sur-Norte, verticales o intercontinentales, pasando por alto las intracontinentales u horizontales, o entre los países africanos.

Las migraciones Sur-Norte han convertido a los países del África del norte en países de destino, y no sólo de paso hacia Europa -donde los últimos atentados terroristas del 13 de noviembre de 2015, en París, han llevado a una actitud hostil hacia la migración por el amalgama que los partidos y gobiernos conservadores han establecido entre ésta y el terrorismo¹.

Estas migraciones han generado una verdadero odisea o drama para los migrantes subsaharianos: la muerte en las travesías (el desierto, el Mediterráneo o el Atlántico); la explotación por las mafias de tráfico de seres humanos o de la inmigración clandestina; la violación de los derechos humanos; el racismo y las redadas policiales en países como Marruecos y Argelia, encargados del papel de gendarmes de sus fronteras por la Unión Europea; las condiciones de vida infrahumanas y espantosas en monte Gurugú (norte de Marruecos); y los cuchillos de las vallas en los enclaves españoles de Ceuta y Melilla, concebidas para disuadir a los emigrantes africanos. Así, nunca se sabrá el número exacto de las numerosas muertes como consecuencia de las enfermedades, las agresiones y los naufragios como los sucedidos en las islas italianas de Lampedusa o en las aguas griegas.

Es imposible negar el incremento de los flujos Sur-Norte, o hacia Europa por su cercanía con las grandes regiones en crisis de la planeta (Oriente Medio, África y Asia Central) y como consecuencia del fin del mundo bipolar y del rápido proceso de liberalización excluyente facilitado por la globalización, según manifiesta Sami Naïr (2007). A pesar de todos los obstáculos creados, el número de migrantes en América del norte, Australia y Europa Occidental duplicó entre 1983 y 1993, pasando de 1,3 millones a 2,7 millones, según la OCDE (Dewitte, 2002).

La globalización de la economía incrementó la diversificación de las regiones de origen, de los países de destino o acogida y los espacios de desplazamiento (con la globalización de medios de comunicación, la uniformización de los modos de vida y consumo, junto a las inmensas frustraciones nacidas de los desequilibrios económicos y demográficos a escala del planeta). Los perfiles socio-profesionales de los migrantes también han cambiado: los trabajadores cualificados, incluso con títulos universitarios, también han tomado el camino del exilio (es decir las clases medias frustradas por la calidad de vida y las condiciones de trabajo que no encuentran in situ) -es el famoso caso de la “fuga de cerebros”-, a pesar del hecho de que los campesinos y los obreros sin trabajo siguen siendo mayoritarios en los flujos migratorios (Dewitte, 2002; Hugon, 2013).

En tal contexto, se suele obviar que las migraciones internacionales se desarrollan más entre los países del Sur que hacia el Norte. Las poblaciones del mal llamado Tercer Mundo emigran a menudo hacia los países limítrofes o vecinos, a penas menos pobres que el país de origen (Dewitte, 2002).

Las migraciones interafricanas abarcan a millones de personas y superan con creces a las migraciones internas de otros continentes. África cuenta con unos 40 millones de migrantes internos. Para citar sólo un ejemplo, Costa de Marfil (el escaparate del África Occidental), acoge proporcionalmente cuatro veces de inmigrantes que Francia (cf. Smith, 2009; Leymarie y Perret, 2006), y los problemas políticos que ha conocido este país, en la última década, se explican en parte por este fenómeno. Costa de Marfil, junto a Australia, son los países con más inmigrantes en el mundo.

Tristes records los de África: el campo de Dadaab, que acoge a los somalíes en Kenia, es el campo más grande de refugiados en el mundo, mientras que la RD Congo destaca por tener el gran número de desplazados internos en el mundo (1.317.879 personas en 2007), después de Colombia.

¹-Se envía a la sociedad de acogida un mensaje sutil según el cual “todos los inmigrantes no son terroristas, sin embargo los terroristas son de origen inmigrante”, aunque nacidos todos en Europa.

Considerando lo expuesto, el presente trabajo se ocupa retomar el las migraciones interafricanas. Centrándose en África Central, Oriental, Austral y Occidental, el análisis pone de manifiesto sus dinámicas, características y las perspectivas que presentan.

I. Historia de las migraciones internas africanas

África, integrada por diversos pueblos, conoció importantes dinámicas migratorias internas y autónomas, desde tiempos remotos.

Durante la antigüedad, las etnias emigraron en el continente en función de circunstancias a veces mal conocidas. Es el caso de las civilizaciones vecinas de los egipcios faraónicos, como la de los kuchitas, en Nubia, que utilizaron el Nilo -principal y primera vía de las migraciones africanas-, hacia el año 3.000 AC, para emigrar hacia Kenia y Tanzania. Lo mismo puede decirse de los bantúes (pueblos de lengua bantú), que en la misma época, y desde los actuales Nigeria y Camerún y el lago Chad, emigraron hacia el centro y el sur del continente, transmitiendo a los pueblos de lengua khoisan que vivían en estas partes, sus técnicas agrícolas y metalúrgicas, así como los valores de sociedades jerarquizadas, influyendo de una manera determinante en la cultura de estos pueblos (Gamrasni, 2010a).

En definitiva, el homo sapiens, o el antepasado del hombre moderno, e incluso el hombre de Neandertal, nuestro antepasado directo, salieron de África, cuna de la humanidad o “la casa de Lucy”, para colonizar o conquistar otras regiones del mundo. La conquista de la tierra nace de una evolución de más de 6 millones de años, desde África hasta los demás continentes del planeta (cf. Gamrasni, 2010b, véase también Morin, 2010 y Mulot, 2013) “en busca de nuevos territorios que explotar, movido por el crecimiento demográfico del grupo de origen, por una disminución de los recursos alimentarios o por cambios ecológicos” (Simon, 2010: 14).

Más tarde, con la esclavitud a mano de los bereberes y los árabes desde el siglo VII, y de los europeos desde el siglo XVI hasta el siglo XIX, junto a la colonización, África conoció migraciones forzadas, que le hicieron perder durante mucho tiempo el control de su destino (Simon, 2010; Leymarie y Perret, 2006), y que explican en parte el subdesarrollo del subcontinente que fue sometido a una verdadera hemorragia humana.

De este modo, la historia del continente, según puntualiza Sylvie Brunel (2004: 202), siempre ha sido la de las migraciones que jugaron un papel fundamental en los contactos y el desarrollo las sociedades precoloniales. África ha sido y sigue siendo el continente de las migraciones: desplazamientos de los pueblos ganaderos en función de estaciones, a la búsqueda de pasteo y del agua; desplazamientos de aldeas a la búsqueda de tierras fértiles para escapar o huir de fenómenos considerados como maldiciones (muertes misteriosas, epidemias, malas cosechas recurrentes...); la migración de los pueblos bantúes hace 3000 años A.C. para colonizar el África Central, Oriental y Austral, como hemos mencionado previamente; la huida ante la penetración del Islam después de las razias esclavistas. Es decir, una historia de movilizadas y de nomadismo se encuentra arraigada en la propia tradición africana.

Es verdad que África, enfrentada en la actualidad a las dificultades para su desarrollo, se encuentra en el centro del sistema migratorio con Europa (por las migraciones procedentes fundamentalmente del África Austral y Occidental y en menor medida del África Central), en parte por la preocupación por las poblaciones de mejorar sus condiciones de vida y por los vínculos históricos, en particular por las relaciones creadas entre las metrópolis o los antiguos países colonizadores y sus colonias convertidos en Estados independientes, las que explican muchas redes migratorias.

Sin embargo, no se puede perder de vista que a lo largo de los siglos, existieron importantes migraciones entre los países africanos, como queda subrayado, que en los últimos años se explican fundamentalmente por razones económicas y políticas.

II. Los factores impulsores de las migraciones interafricanas contemporáneas

Las migraciones africanas, tanto en su dimensión Sur-Norte como Sur-Sur, se explican fundamentalmente por factores políticos y económicos.

a- Los factores económicos

El proceso de descolonización se acompañó con importantes diferencias de crecimiento económico entre los países africanos, diferencias que explican la necesidad de mano de obra en algunos países o, al contrario, los mecanismos de repulsión en otros.

Dos categorías de países se convirtieron en atractivos: los que consiguieron un importante crecimiento económico a través de su estabilidad política y los que pudieron mantener la paz y la seguridad internas.

África Occidental, con importantes diversidades humanas, físicas y económicas, tiene tres zonas diferentes: 1. la zona saheliana (Burkina Faso, Malí, Níger y Senegal), dominada por la sequía, se caracteriza por la economía pastoril y débiles densidades de población; 2. la zona de transición sahelo-guineana, integrada por las partes meridionales de los países sahelianos arriba mencionados y el territorio de Guinea-Bissau, está dominado por la sabana tropical, húmeda y seca, y la coexistencia de zonas de fuertes densidades de población y otras con débiles densidades de las mismas; y 3. la zona costera o forestal del sur (Costa de Marfil, Ghana, Benín, Togo, Nigeria), que presenta abundantes lluvias que generan importantes actividades agrícolas y económicas, con las consiguientes altas densidades de poblaciones.

Tales características de la región influyen en los flujos migratorios que se orientan en el sentido Norte-Sur. Es decir, de las regiones secas sahelianas, por los problemas socioeconómicos y de sequía, hacia las regiones costeras húmedas, representando Costa de Marfil del 25 al 30% de inmigrantes en la población total. A ello es preciso añadir las desigualdades económicas entre los países de la zona: los del interior o del Sahel que pobres y generan efectos de expulsión (emigración de la población joven y activa y de capitales) y los de la costa, ricos y dotados de importantes infraestructuras, que poseen efectos de atracción (Diop, 2007: 208)

Todos estos factores convierten a África Occidental en una zona caracterizada por una fuerte movilidad transfronteriza, al pasar las poblaciones de un país a otros, cruzando la frontera, a la búsqueda del pasteo y por las necesidades del comercio, de productos agrícolas o del agua, sobre todo en el espacio senegambiano (Gambia, Senegal, Guinea-Bissau). Los principales países de emigración en África Occidental son Cabo Verde, Senegal, Malí y Burkina Faso, cuyos migrantes se dirigen hacia Costa de Marfil, Ghana, Gabón y Europa.

Costa de Marfil, es el primer exportador mundial de cacao, además de importantes producciones de café y de madera, lo cual lo han convertido en el segundo polo económico de la región después de Nigeria. Este país atrae a millones de inmigrantes del oeste africano, en particular los oriundos de Burkina Faso. Durante el período de la estabilidad política, durante el mandato de Houphouët-Boigny, las importantes inversiones extranjeras, el desarrollo de la industria turística y hoy la explotación de yacimientos de petróleo off shore, suministraron al país importantes fuentes de ingresos. Después, a partir de la década del noventa, la inestabilidad política, resultado del agotamiento del modelo de desarrollo basado en los cultivos de exportación "modelo que condujo a la demanda de una importante mano de obra importada", borró estos importantes avances y conquistas. A pesar de ello, Costa de Marfil sigue siendo un país receptor de inmigración procedente de varios países del África Occidental.

Ghana, con casi la misma trayectoria que Costa de Marfil, al ser el principal productor de cacao, oro, madera, café, tiene una importante capacidad de atraer las inversiones extranjeras. Este país se ha convertido en país de inmigración y de emigración Sur-Norte.

Nigeria, donde la abundante renta petrolera ha atraído la mano de obra de los países de la zona para las distintas tareas vinculadas con la industria petrolera. Sin embargo, la mala gestión, junto a los sucesivos contrachocques petroleros, condujo al gobierno a proceder a la expulsión de inmigrantes oesteafricanos. Aunque el país disponga de importantes recursos naturales, el sistema político y las recurrentes tensiones etno-confesionales no contribuyen al desarrollo del país. Por lo tanto, Nigeria es a la vez un país receptor de inmigrantes procedentes de países africanos y emisor de migración hacia el Norte.

Por su parte, Senegal, a pesar del problema de La Casamance, se caracteriza por una situación política relativamente estable y un sistema democrático que favorecen la producción de cacahuetes y de fosfatos junto al desarrollo de las actividades turísticas, que le permiten conseguir ingresos económicos relativamente importantes. Con una tasa débil de SIDA en relación con otros países africanos, Senegal es un país atractivo para los países más pobres, como Malí y Mauritania, por los caracterizados por la crónica inestabilidad política, como Guinea Conakry, o para los refugiados de distintas guerras civiles en los países de la zona: Guinea-Bissau, Sierra Leona, Liberia. Sin embargo, el débil crecimiento le convierte en un país de recepción de migraciones Sur-Sur y de punto de partida de las mismas hacia Europa y Estados Unidos.

En África Central, Gabón, con un sistema político estable y un enorme territorio poco poblado, además de los emigrantes del África Occidental, acoge a la mano de obra procedente de países del África Central y que la renta petrolera permite gestionar sin muchas dificultades.

Guinea Ecuatorial por las mismas razones asume más o menos el mismo papel.

En África Oriental, Etiopía y Sudán suelen dirigir sus flujos migratorios hacia Europa y los países del Golfo. En tanto, los países que atraen las migraciones africanas, en particular los flujos de refugiados de Somalia y Sudán, por su relativo crecimiento económico son Tanzania y Kenia, productores de té y café que cuentan además con importantes industrias del turismo.

En África Austral, dos países, Sudáfrica y Botsuana, que han basado su desarrollo en una verdadera industrialización, y no sólo en las economías rentistas, se han convertidos en países de inmigración. El primer país, como potencia económica a escala continental, atrae los inmigrantes subsaharianos, y en particular del África Austral, para mejorar sus condiciones de vida o huyendo de los conflictos armados. Los oriundos de la República Democrática del Congo (RDC), Malawi, Zimbabue, Lesotho y Mozambique emigran a menudo hacia Sudáfrica.

b- Los factores políticos

La otra causa fundamental de las migraciones internas africanas procede de las guerras y los conflictos armados, con su corte de refugiados. Éstos, junto a las personas desplazadas, constituyen la mayoría de los africanos o las víctimas de las migraciones forzadas, estimados en unos 10 millones de personas.

En África Occidental, los conflictos de Sierra Leona, Liberia, Guinea-Bissau, Guinea Conakry y Costa de Marfil tuvieron como consecuencia el desplazamiento de varios centenares de miles de personas.

En África Central, los conflictos que tuvieron como escenarios, en las dos últimas décadas, en Angola, la RD Congo y el Congo-Brazzaville, Centroáfrica, generaron flujos migratorios hacia el África Austral. A ello es preciso añadir los refugiados de los conflictos que tuvieron en esta misma zona, en particular en Mozambique y Zimbabue. En esta misma región del África Central, en torno a la región de los Grandes Lagos, desde la década de los noventa, se han producido importantes movimientos de refugiados con los conflictos de Ruanda, Burundi, la RDC, acogiendo Tanzania la mayoría de ellos.

En el Cuerno de África, las guerras entre Etiopía y Somalia, junto al desmembramiento de este último país controlado por los señores de la guerra, explican importantes movimientos de refugiados hacia Kenia y Yibutí, representando los refugiados la mitad de la población de este último país (350 mil de los 700 mil habitantes).

Según el Instituto Internacional de las Migraciones (2012), en el Cuerno de África, con fronteras abiertas, los flujos migratorios dentro, hacia y desde esta región aumentan considerablemente por la falta generalizada de oportunidades en sus lugares de origen. Las desigualdades económicas, la explosión demográfica, las altas tasa de desempleo de la juventud, el éxodo rural y el deterioro medioambiental, están empujando a los etíopes y somalíes a emigrar hacia Kenia, el único país de la región que conoce un importante crecimiento económico y modernización, como inmigrantes económicos. El resultado es el aumento de tensiones entre los inmigrantes y los oriundos de Kenia, por existir en este país altos niveles de desempleo entre la juventud y por fomentar la presencia de los inmigrantes una feroz competencia en el mercado del trabajo.

En definitiva, más del 30% de la población total del Cuerno de África emigra fuera de la región como consecuencia de los cambios medioambientales, los factores políticos, económicos, sociales, demográficos y tecnológicos, sucedidos en ella, con la consiguiente fuerte dependencia de las remesas.

En resumen, la inmigración política Sur-Sur representa los flujos de personas más importantes que la inmigración económica. Sin embargo, es preciso subrayar que ningún país africano dispone de un sistema completo de información sobre las migraciones, en lo que se refiere tanto a la inmigración como a la emigración. Fundamentalmente, se trata de un continente con un importante excedente de emigración sobre la inmigración, a causa del fracaso del desarrollo y de la creación de redes migratorias (Dumont, 2004a: 156).

III. Las migraciones forzadas o el problema de los refugiados

Según puntualizan Leymarie y Perret (2006), África, después de Asia, es el continente con más refugiados, estimados por ACNUR en unos 5 millones de personas en 2004, sobre un total mundial de 17 millones. La mitad de los 25 millones de personas desplazadas en cada país son africanos, víctimas de los conflictos armados internos o regionales desde la década del sesen-

ta (con las tensiones étnicas en Ruanda, Burundi, la RDC y la guerra del Biafra en Nigeria) y en la década de los setenta, por las guerras de liberación en las antiguas colonias portuguesas (Angola, Mozambique y Guinea-Bissau), o los que huían del sistema del apartheid en Sudáfrica y Rhodesia.

En la década del ochenta, las guerras entre Somalia y Etiopía, y entre Etiopía y Eritrea, entre el norte y el sur de Sudán, y la de una crueldad inédita entre el gobierno ugandés y la guerrilla del Ejército de Resistencia del Señor (LRA) generaron importantes movimientos de refugiados dentro de cada uno de estos países y en los países vecinos.

Las guerras civiles en Liberia y Sierra Leona a partir de 1989 y durante toda la década del noventa, generó al igual que en los casos anteriores, importantes movimientos de refugiados, culminados con los refugiados generados por los conflictos de Costa de Marfil y de Darfur.

Actualmente, los refugiados proceden especialmente de los conflictos armados en el sur de Sudán y en Centroáfrica; del yihadismo de Al Qaida en el Magreb Islámico (AQMI) y en el Sahel y de Daesh en Libia; el terrorismo de Boko Haram en Nigeria (con repercusiones en Níger, Camerún y Chad) y del entramado de Al Shabaab en el cuerno de África. En la única franja saheliano-sahariana, la actividad de los grupos islamistas radicales y terroristas subsaharianos han generado unos 3,5 millones de refugiados y más de 20 mil las víctimas mortales, en su mayoría civiles (cf. Soudan, 2015).

Una mención especial merece la región de los Grandes Lagos (cf. Kabunda, 2012; Ngoie Tshibambe, 2012), en la intersección entre el África Central y el África Oriental. Se trata de una región muy inestable desde mediados de la década del noventa, que presenta desplazamientos masivos de poblaciones. En 2003, se estimaba en unos 4 millones el número de personas desplazadas desde 1997 en el territorio de la RDC (en particular en las provincias orientales del Kivu), víctimas de los combates entre los grupos rebeldes y las fuerzas gubernamentales de los países de la zona.

Los refugiados, además de contribuir para su supervivencia a la deforestación de los países de acogida, y a pesar de las operaciones de retorno o de repatriación financiadas por la ACNUR y las ayudas suministradas por los Estados y los organismos humanitarios internacionales, son instrumentalizados para la desestabilización política del país de acogida o se convierten en objetivos potenciales para los grupos que se disputan el poder.

El drama de la región de los Grandes Lagos, con un balance de más de 8 millones de muertos, se origina en la ausencia de solución a los problemas de los refugiados ruandeses en la década del sesenta, por falta de voluntad política y en particular por la escasez de tierras cultivables. Este problema no resuelto es uno de los factores que han contribuido a la instauración de la violencia a partir de la década de los noventa en África Central (Lemarie y Perret, 2006).

En esa década, varias crisis o limpiezas étnicas convirtieron el África Central en un infierno para los refugiados (generalización de flujos de refugiados). Cuatro principales crisis explican esta situación (Guichaoua, 2004; Ndikumagenge, 2009):

1- Las matanzas, en 1993, de las poblaciones ruandófonas en el Kivu-norte (Walikale, Masisi y Rutshuru) por las etnias autóctonas (hunde, nyanga y tembo, shi, havu, vira, fuliru, nyindu...), precedidas por los pogromos instrumentalizados por el decadente régimen mobutista contra los kasaianos en la provincia zaireña del Shaba-Katanga.

2- El asesinato en Burundi, en junio de 1993, a manos de los militares tutsis, de Melchior Ndadaye, primer presidente hutu democráticamente elegido.

3- La guerra civil en Ruanda iniciada por los ataques del FPR y culminada por el atentado aéreo contra los presidentes ruandés y burundés, el 6 de abril de 1994, con el consiguiente genocidio contra los tutsis y los opositores hutus en Ruanda. Dos millones de refugiados emigraron hacia el Kivu congoleño, y hacia los países vecinos (en particular Tanzania y Burundi).

4- La cuestión de la nacionalidad de los banyamulenges o banyaruandas, tutsis congoleños, amenazados de expulsión por el gobierno zaireño (congoleño) hacia Ruanda por oponerse a la creación de un hutulandia ("gran Ruanda" o "país hutu" en el Kivu), como retaguardia para la reconquista del poder por los hutus en este país (por la presencia en los campos de refugiados del Kivu de militares y milicias interahamwes hutus responsables del genocidio en Ruanda, además de seguir con sus violencias hacia las poblaciones tutsis congoleñas). Esto condujo a la primera guerra del Congo (1996-1997) a manos de la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL) de Laurent Kabila, con el apoyo de Ruanda,

Uganda y Burundi, y a la segunda guerra (1998-2003), tras la ruptura de Kabila con sus aliados ruandeses y ugandeses, que se limitaron a controlar las provincias orientales de la RDC -tras la intervención de Angola y Zimbabue en apoyo a Kabila-, directamente o por señores de la guerra interpuestos. El resultado ha sido la producción de 4 millones de refugiados en toda el África Central y Oriental (RDC, Congo-Brazzaville, Centroáfrica, Tanzania), hasta el África Austral (Angola, Zambia, Namibia). Cada uno de estos países conociendo, en un cierto grado, conflictos internos con el subsiguiente problema de refugiados (Congo-Brazzaville, Centroáfrica, Angola).

En la década del noventa, todos estos conflictos se articularon con los que tuvieron lugar en la RDC y en Angola en el marco de un conjunto de conflictos que afectaron el conjunto del África Central (Bazenguissa-Ganga, 2004). Por lo tanto, existen fuertes coherencias regionales en cuanto a la producción de refugiados en la zona (Guichaoua, 2004), caracterizada por la “impunidad internacional” de los países, ejércitos y bandas armadas, implicados en aquellos conflictos.

La tercera guerra de la RDC, iniciada por el general disidente tutsi, Laurent Nkunda, con el respaldo de Ruanda (y después por el M23 de Bosco Ntaganda), empeoró la situación de los refugiados en la parte oriental de este país, problema que sigue latente a pesar de las recientes operaciones militares conjuntas entre el ejército congoleño y el ejército ruandés contra las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR), operación Umoja wetu, Kimia, Amani o Sokola, que tuvo un catastrófico balance humanitario para los refugiados.

Las provincias congoleñas del Kivu se convirtieron en un verdadero polvorín desde 1994, el cual dura hasta la actualidad, con la llegada masiva de los refugiados ruandeses. Esto generó los siguientes problemas: la fuerte presión demográfica en la zona; las distintas fuentes de propiedad o acceso a la tierra (moderna y tradicional); la incertidumbre de la nacionalidad de los ruandófonos; y las luchas en cuanto al acceso a las prebendas del Estado. En definitiva, la exportación de los conflictos hutus-tutsis de Ruanda en la parte oriental de la RDC, creó una ruptura entre las poblaciones autóctonas y los banyaruandas y por extrapolación la desestabilización del África Central.

Si la comunidad internacional ha acertado apostando por la reconstrucción del Estado de derecho en la RDC y de su integridad territorial, como punto de partida de la resolución del problema de los refugiados en el África Central (región de los Grandes Lagos), ha cometido el grave error de no neutralizar a los beligerantes y de no proteger a las víctimas civiles, en particular a los refugiados.

En definitiva, la RDC, como subcontinente y por su posición central, concentra la casi totalidad de los problemas de los refugiados en el África Central dada la inmensidad de su territorio y su implicación en la mayoría de los conflictos regionales. Por lo tanto, es a la vez el país de acogida tradicional de las poblaciones refugiadas de toda la región del África Central desde la época de las independencias y a su vez se ha convertido, desde la desaparición del aparato del Estado en 1996, en un terreno por excelencia de enfrentamientos directos o indirectos de sus principales vecinos. Es decir, es a la vez el país receptor de refugiados procedentes de los países vecinos en crisis y el país exportador de impresionantes efectivos de refugiados (Guichaoua, 2004).

Lo más llamativo en todo este proceso, ante la indecisión y casi indiferencia de la comunidad internacional, es el uso con fines políticos de los refugiados por algunos líderes cínicos para conseguir su rehabilitación nacional e internacional (caso de Mobutu), o como moneda de cambio entre los gobiernos de la región, e incluso como escudo humano por los distintos movimientos de guerrilla.

IV. Tipología de las migraciones interafricanas

A partir de los factores económicos y políticos de migraciones, se pueden distinguir siguientes tipos de países africanos (cf. Hugon, 2013; Vernières, 2003):

-Países de emigración política (guerras, conflictos civiles, crisis y tensiones recurrentes, fuerte corrupción): Liberia, Sierra Leona, Guinea-Bissau, Guinea Conakry, Togo, Chad, Sudán, Centroáfrica, Etiopía, Somalia, RD Congo, Congo-Brazzaville, Uganda, Ruanda, Burundi, Angola, Zimbabue, Mozambique, Madagascar.

-Países de emigración con un fuerte componente económico: los países del Sahel (Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger), Benín, Camerún, Zambia, Namibia, Eritrea, Suazilandia, Lesotho.

-Países receptores y exportadores de migrantes: Senegal, Costa de Marfil, Ghana, Nigeria, Kenia, Tanzania.

Generalmente, las migraciones se producen desde los países pobres y del interior o en guerra (con bajos índices de desarrollo humano y generalmente “estados fallidos”) hacia los países costeros, ricos y con estabilidad política.

Dicho con otras palabras, estas migraciones se desarrollan en unos sistemas migratorios subregionales bastante diferenciadas obedeciendo a las dinámicas siguientes: la atracción económica de los países costeros agro-exportadores, de los países petroleros del golfo de Guinea y de los países mineros del África Central o Austral; la expulsión nacida de conflictos (en África Oriental u Occidental); y la marcha hacia las ciudades más dinámicas. Estas zonas sirven de polos de atracción, pues atraen a las personas y las exportaciones alimentarias de los países vecinos e importantes flujos financieros (Uwizeyimana, 2005).

V. Las migraciones en África Austral: África expulsa a sus propios hijos

Los africanos a la búsqueda del trabajo, los que huyen de la miseria o de la guerra, no se dirigen todos hacia Europa, según recuerda acertadamente Bernard (2010). Mientras que África Subsahariana cuenta con 40 millones de migrantes internos al continente, los 30 países ricos de la OCDE acogen menos de 4 millones. En África Occidental, 7.5 millones de personas viven en un país diferente de donde nacieron, o sea diez veces más que el número de oesteafrikanos afincados en Europa. En la opinión de Bernard, de una manera más brutal que en “las puertas del espacio Schengen, -y también más discretamente-, los desafíos de la inmigración se juegan, a menudo en la violencia, en las fronteras internas de África”, donde los migrantes son víctimas de la xenofobia y de expulsiones.

Esta realidad contradice los buenos discursos de la unidad africana, echa por tierra el ideal panafricano y relativiza las críticas sobre la gestión occidental de la inmigración. Ello fue puesto de manifiesto desde mayo de 2008 por las violencias xenófobas que han ensangrentado Sudáfrica. La llegada ilegal en este país desde hace una década de unos 3 millones de zimbabuenses nace de clásicos factores de atracción tan viejos como las propias migraciones humanas: el deterioro económico y las violencias políticas han echado a poblaciones al territorio del país vecino, en plena expansión. La Sudáfrica multirracial (48 millones de habitantes) es un viejo país de inmigración. Su política en la materia fue puesta durante mucho tiempo al servicio del fortalecimiento de la supremacía blanca. Desde el fin del apartheid, la instauración de una ciudadanía no racial y la reducción de los controles en frontera han producido masivamente a los “irregulares”. De país excluyente de los negros, Sudáfrica ha pasado a ser el “El Dorado”.

Los migrantes africanos de Mozambique y Lesoto, tolerados por el régimen racista en los enclaves internos reservados a los negros, se encontraron en una situación irregular en el país liberado a comienzos de la década de los noventa. La apertura y el éxito económico han avivado la tendencia, profundizando las tensiones sociales en un país donde los sindicatos estiman que la tasa de desempleo es de un 40% y donde no existen las infraestructuras de acogida para los recién llegados.

Excluidos del estatus de refugiados, los migrantes son sometidos a una vigorosa política de expulsión por Pretoria. Cada año, 150 mil extranjeros están siendo expulsados violentamente, en tren, hacia Zimbabue. Muchos de ellos regresan al día siguiente.

Sin mencionar a los refugiados políticos echados de sus países por las guerras, “la historia reciente de África, está llena de episodios de este tipo”. Cada vez más, la xenofobia avivada por las rivalidades económicas o agrarias, es instrumentalizada con las consiguientes expulsiones masivas. En los principales países de acogida (Camerún, Gabón, Angola, y sobre todo Nigeria y Costa de Marfil), el deterioro de la situación económica suele acompañarse de la expulsión de inmigrantes (Bernard. 2010).

Siguiendo a Philippe Bernard (2010), países como Senegal o Níger, se han convertido en países de tránsito hacia Europa (cf. Grégoire, 1998, Brachet, 2009, Kabunda, 2012). En los últimos años, el fin de los numerosos conflictos ha conducido a la reducción espectacular del número de refugiados (2.3 millones en 2007 contra 5.4 millones en 1990, según las cifras de ACNUR). Al contrario, la paz junto a la pobreza rural, la inestabilidad económica y la dilapidación de las riquezas alimentan cada vez más las migraciones económicas, vectores de considerables transferencias de fondos hacia los países de origen.

Las migraciones irregulares internas han cobrado tan magnitud que la Unión Africana recomienda desde 2006 “un reparto concertado, organizado y eficiente” del fenómeno. De mo-

mento una buena intención. La ausencia de registro civil, el tráfico de papeles a gran escala, inmensas fronteras a menudo artificiales hacen los controles imposibles, máxime cuando los países africanos, organizados en torno a las agrupaciones regionales que, teóricamente, preconizan la libre circulación de personas y de bienes en su seno.

Conclusión

Al igual que en el resto del mundo, donde las migraciones se manifiestan en todos los sentidos Sur-Norte, Sur-Sur, Norte-Norte, Norte-Sur (Wihtol de Wenden, 2013), las migraciones africanas combinan dos factores esenciales: los efectos de expulsión nacidos de las mediocres perspectivas, incluso catastróficas en un país, los efectos de atracción de los territorios que ofrecen oportunidades, y la esperanza de mejora de las condiciones de vida o la mera realización de un sueño. Nacen de las profundas desigualdades y grandes desequilibrios económicos, sociales, políticos, culturales y ecológicos en el mundo, o dicho con otras palabras de las desigualdades tanto a nivel internacional como a nivel interno (Kabunda Badi, 2015). Las migraciones interafricanas forman parte de esta lógica, con la peculiaridad de intensificarse por dos razones principales: la inestabilidad interna de muchos regímenes africanos y el fracaso del desarrollo en este continente.

Las violaciones a gran escala de derechos humanos por los regímenes dictatoriales y autoritarios y las numerosas guerras civiles que afectan esporádicamente el continente, constituyen la principal causa de las migraciones forzadas. Los refugiados de jure o de facto, que constituyen la mayoría de los flujos migratorios interafricanos, se ubican a menudo en los países vecinos de su territorio de origen. Solo una minoría de ellos consigue solicitar un asilo político en los países del Norte.

Es preciso también subrayar la mala gestión económica que aniquila cualquier posibilidad de creación de empleos y las esperanzas del desarrollo. La inseguridad económica junto al desempleo empuja a la población a buscar alternativas en otros países africanos que han gestionado mejor sus economías rentistas o más eficientes. De ahí la importancia de las migraciones Sur-Sur hacia países atractivos como Libia, Gabón, Ghana, Tanzania, Kenia, Sudáfrica y, durante varias décadas, hacia Costa de Marfil.

El futuro de las migraciones interafricanas depende de las evoluciones políticas y económicas, en particular de tres factores:

-La resolución interna de los problemas de los estados de reciente creación (el fracaso del Estado-nación de tipo jacobino o de los aparatos heredados de la colonización);

-El éxito de las agrupaciones económicas regionales y subregionales (creación de instituciones comunes o de proyectos panafricanos y no la integración por el mercado, pues estas migraciones internas, con los subsiguientes intercambios al margen del Estado (informales) y a veces contra él, podrían servir de polos de integración entre los Estados);

-La concreción del partenariado con el Norte -realización de verdaderos proyectos de co-desarrollo o la conversión de las remesas en factor de desarrollo y la eficiente ayuda pública al desarrollo, que ha de concentrarse en las necesidades y prioridades de las comunidades locales-, tras el fracaso de muchos proyectos de desarrollo. Entonces, África con su potencial económico reforzado, no tendrá ninguna razón de ser un continente que expulsa a sus poblaciones. De lo contrario, nada impedirá la continuación y profundización de los flujos migratorios tanto intracontinentales como intercontinentales (Dumont, 2004b).

Con estas migraciones interafricanas, además de los flujos financieros, se realizan una cierta homogeneización de los modos de vida, junto a la creación de espacios supraestatales que podrían servir de bases a la integración regional. Desgraciadamente, además de precarias, son destruidas por los gobiernos a la primera crisis económica o tensión diplomática entre los estados, tal y como sucedió con la expulsión de los oriundos de los países del África Occidental en Nigeria, de los centroafricanos en Gabón, de los subsaharianos en Sudáfrica, o de los malienses y burkinabés en Costa de Marfil, en nombre de la "marfilinidad".

Es decir, la hostilidad de los autóctonos con respecto a los migrantes procedentes de los países vecinos se desarrolla desde hace varias décadas (Uwizeyimana, 2005). Con ello se puso en entredicho el ideal panafricano o la solidaridad africana, además de desperdiciar la oportunidad de la integración regional desde las bases, pues los flujos migratorios se han convertido en la fuente de crisis, tensiones e incluso guerras como en el caso de la región de los Grandes Lagos.

África, desestabilizada por un crecimiento demográfico a menudo superior al crecimiento

económico, está en plena efervescencia migratoria. De ahí la afirmación de Bernard (2010), para quien, a pesar de los obstáculos, la xenofobia y las expulsiones, los africanos son los habitantes más móviles del planeta.

Bibliografía

BAZENGUISSA-GANGA, R., 2004, «Les figures du migrant forcé au Congo-Brazaville », en A. GUICHAOUA (dir.), *Exilés, réfugiés, déplacés en Afrique centrale et Orientale*, París, Karthala.

BERNARD, Ph, 2010, “África: el continente de todos los exilios», en *Atlas de las migraciones. Las rutas de la humanidad*, Valencia, Le Monde diplomatique en español-UNED.

BERNARD, Ph., 2002, *Immigration: le défi mondial*, París, Gallimard.

BRACHET, J., 2009, *Migrations transsahariennes. Vers un désert cosmopolite et morcelé (Niger)*, Broissieux (France), Éditions du Croquant.

BRUNEL, S., 2004, *L’Afrique. Un continent en réserve du développement*, Rosny-sous-Bois, Bréal.

COURMONT, B., 2003, « Les migrations internationales », en *Atlas des relations internationales*, París, Hatier.

DEWITTE, Ph., 2002, “Les migrations internationales concernent essentiellement les pays du Sud, mais la pression s’accroît vers ceux du Nord”, en S. CORDELLIER (dir.), *Le Nouvel état du monde* (2^a ed. actualizada, París, La Découverte.

DIOP, A., 2007, “Nouvelle stratégie pour un développement territorial intégré. Une approche spatiale à l’échelle sous-régionale”, en A. DIOP y A. NIANG DIENE Aminata (dir.), *Les États-nations face à l’intégration régionale en Afrique de l’Ouest. Le cas du Sénégal* París, Karthala.

DUMONT, G. F., 2004a, “La population de l’Afrique”, en A-M., FRÉROT (dir.), *L’Afrique en questions*, París, Ellipses.

DUMONT, G. F., 2004b, “L’Afrique et les migrations internationales”, en G. WACKERMANN (dir.), *L’Afrique en dissertations corrigées*, París, Ellipses.

GAMRASNI, M., 2010a, « Crónicas africanas», en *Atlas de las migraciones. Las rutas de la humanidad*, Valencia, Le Monde diplomatique en español-UNED.

GAMRASNI, M., 2010b, « La humanidad en marcha », en *Atlas de las migraciones. Las rutas de la humanidad*, Valencia, Le Monde diplomatique en español-UNED.

GRÉGOIRE, E., 1998, “Sahara nigérien: terres d’échanges”, en J. EGG y J. HERRERA (eds.) *Échanges transfrontaliers et intégration régionale*, París, Éditions de l’Aube-ORSTOM.

GUICHAOUA, A. (2004), “Migrants, réfugiés et déplacés en Afrique centrale et orientale”, en A. GUICHAOUA (dir.), *Exilés, réfugiés, déplacés en Afrique centrale et Orientale*, París, Karthala.

HUGON, Ph., 2013, *Géopolitique de l’Afrique*, París, Armand Colin.

IKWUYATUM, G. O. (2012), « La naturaleza de las migraciones en África Occidental: el caso de Nigeria”, en M. KABUNDA (dir.), *África en movimiento. Migraciones internas y externas*, Madrid, Casa África-Catarata.

INTERNATIONAL MIGRATION INSTITUTE (2012), *Global Migration Futures. Using scenarios to explore future migration in the Horn of Africa and Yemen*, IMI Policy Briefing 11, University of Oxford, junio.

KABUNDA, M. 2012, “Las migraciones voluntarias y forzadas en el espacio saheliano-sahariano y en la región de los Grandes Lagos”, M. KABUNDA (ed.), *África en movimiento. Migraciones internas y externas*, Madrid, Casa África-Catarata.

KABUNDA BADI, M., 2015, “Las migraciones africanas en la era de la globalización”, en BASÍLELE MALOMALO, D. J. FONSECA y M. KABUNDA BADI (org.), *Diáspora Africana e migração na era da globalização. Experiências de refúgio, estudo, trabalho, Curitiba (Brasil)*, Editorial CRV.

LEYMARIE, Ph. y PERRET, T., 2006, *Les 100 clés de l’Afrique*, París, Hachette.

- MORIN, H., 2010, « Neanderthal en nous », Le Monde del 8 de mayo.
- MULOT, R., 2013, « Le face-à-face Neanderthal-Sapiens », Sciences et Avenir n° 796, París, junio.
- NAÏR, S., 2007, L'immigration est une chance. Entre la peur et la raison, París, Seuil.
- NGOIE TSHIBAMBE, G. 2012, « Les migraciones en África Central : permanencias y discontinuidades en la región de los Grandes Lagos », en M. KABUNDA (dir.), África en movimiento. Migraciones internas y externas, Madrid, Casa África-Catarata.
- NDIKUMAGENGE, C., 2009, “Humanitarisme, migrations de guerre et dégradation environnementale dans les pays des Grands Lacs (Burundi, Rwanda, République Démocratique du Congo)”, en J-L. EWANGE (dir.), Enjeux géopolitiques en Afrique centrale, París, L'Harmattan.
- PHILIPPE, J., 1983, “Nigeria: l'expulsion des étrangers en situation irrégulière de séjour”, en Politique africaine n° 10 (Les puissances moyennes et l'Afrique), París, Karthala, junio.
- SOUDAN, F. (2015), « Nouvelles menaces terroristes : L'Afrique peut-elle faire face ? », Jeune Afrique del 22 al 28 de noviembre.
- SIMON, G., 2010, « Retrospectiva sobre el origen de los grandes éxodos », en Atlas de las migraciones. Las rutas de la humanidad, Valencia, Le Monde diplomatique en español-UNED.
- SMITH, S., 2009, Atlas de l'Afrique (nueva edición), París, Éditions Autrement.
- UWIZEYIMANA, L., 2005, “L'État: territoire, identité, acteur de développement?”, en F. BART (dir.), L'Afrique. Continent pluriel, París, CNED-SEDES.
- VERNIÈRES, M., 2003, Développement humain. Économie politique, París, Economica.
- WIHTOL DE WENDEN, C., 2013, Les nouvelles migrations. Lieux, hommes, politiques, París, Ellipses.